

González Vera

## Pablo Schostakovsky

En el número anterior publicamos un capítulo del libro del señor Paul Schostakovsky, «El calvario ruso», que ha visto la luz recientemente. Este capítulo es uno de los más interesantes de una obra que ha sido recibida con muestras de complacencia por la crítica y el público chilenos.

En el artículo que sigue, el escritor señor González Vera, que conoce a fondo al autor de «El calvario ruso», cuenta algunas de las peripecias, extraordinariamente dramáticas, que forman la trama de su vida. Nos parece éste el mejor comentario a un libro de tan sobresaliente calidad ideológica y literaria.

**E**L *Calvario Ruso* abrirá muchos miradores sobre la vasta revolución desencadenada en el lejano imperio de los zares. Esta obra, escrita en español por un ingeniero de Moscú, no es un racimo de disquisiciones laudatorias ni un fácil y simple anatema.

Su autor, olvidando sus propios sinsabores, y acaso sacrificando un poco sus simpatías políticas, ha preferido mirar hasta lo hondo la transfiguración de su país. Aunque es un ruso apasionado y empecinado, Schostakovsky ha vivido la vida del razonamiento. Y el criterio que tal disciplina le ha impuesto, le obligará a comenzar su construcción por el suelo.

A través de su primer mirador aparece la estepa sin fronte-

ras. luego las montañas fabulosas, después los grandes ríos, en primavera llenos de hombres, barcos y canciones, y cubiertos en invierno por el gran silencio helado. Y como lo más importante, después de la tierra, es el hombre, os dirá quiénes formaron el imperio y cómo se organizaron sus clases sociales. Os hablará del mujik de alma virgen, de su misticismo, de sus impulsos y mutaciones desconcertantes, y os hará en el reverso la pintura del formidable noble que apalea al mujik y lee novelas francesas.

Conoceréis más a lo vivo la obra de Pedro el Grande, ese gran reformador que se esforzó por separar a Rusia del tártaro y del mongol, y que introdujo las industrias y artes occidentales. Os dirá también cómo funciona el alma rusa y de dónde arrancan sus raíces. Os hará una revelación del mir y de la artel, viejas instituciones eslavas, sin origen y, además, sin parangón en Asia ni en Europa.

En otros capítulos de actualidad fundamental presenciareis el desfile de Nicolás Romanoff, la Zarina, el indispensable pope Rasputin, los intrigantes de la nobleza, los nihilistas, los policías y los espías, los intelectuales, los arrogantes guardias de Palacio y los cosacos pintorescos, y todo ese mundo medio europeo y medio asiático que era la esencia y la sal de Moscú y San Petersburgo.

Viene en seguida la preparación para la guerra. Hombres de todos los perdidos rincones del imperio se hacinan en grandes ejércitos. Allí aprenden a leer, allí adquieren el sentimiento de su fuerza y allí mismo se gesta el hecho estupendo que habrá de acaecer más tarde.

Y todo esto fielmente sujeto a documentos oficiales o públicos, y decorado con observaciones y juicios sólidos como sentencias. El escritor es ingeniero.

Pablo Schostakovsky hizo lo posible por no ser escritor. Es decir, comenzó su labor literaria en la adolescencia. A los dieciocho años era subteniente del Regimiento Semenovsky. En esa edad escribió sus primeros versos; pero tenía cuarto común con el Príncipe Kasatkin-Rostofsky que también era poeta. El príncipe,

hombre normal en las horas ordinarias, apenas entraba en el dominio de las musas, abandonaba su medida y caía en las más extrañas actitudes y gesticulaciones. Leía sus versos con desapacible metal de voz, monologaba, corría por el cuarto, multiplicaba sus expresiones fisonómicas y, pasado el rapto, volvía a su escritorio y la pluma seguía su afán.

Schostakovsky, testigo de esos particularísimos desdoblamientos, temió que el camino de los ritmos le llevase a extravíos semejantes, y se alejó por la primera bifurcación; pero su inquietud literaria era grande. Resbaló al cauce de la prosa. Escribió entonces la dolorosa historia del mujik que perece entre las llamas por salvar su caballo. Y quiso que un hermano suyo, discípulo de Tolstoy y lector de Schopenhauer, fuese el primero en escucharla.

Aunque el asunto de su cuento era trágico desde el comienzo al fin, y debía, lógicamente, estremecer y consternar los espíritus, su hermano, al primer párrafo, estalló en bulliciosas risotadas que se repitieron hasta el término de la lectura. El teniente Schostakovsky creyó llegado el ocaso de su carrera literaria.

Se hundió en el cuartel; pero, apenas podía soltar la espada, entraba sus ojos a cualquier libro. Su juventud, sus lecturas, los desengaños recientes trastornaron el orden de su espíritu. Como los árboles, en otoño, quedó desnudo. Un formidable por qué le dejó sin zar, sin creencias, sin orientación, sin rai-gambre alguna con sus inmediatos semejantes. En ese minuto de crisis espiritual entregó su espada y su uniforme y se fué al campo. La naturaleza dió nuevo sentido a su existencia.

En mil novecientos siete, Schostakovsky abandona la Escuela de Puentes y Caminos de París con su título de ingeniero. Vuelve a San Petersburgo y abre una oficina técnica. Trabaja de firme unos cuantos años. En los periódicos publica artículos sobre problemas de su oficio. Es un joven a quien le va bien.

Pero se produce la guerra. El ingeniero Schotakovsky es enviado al frente como jefe de un destacamento ferroviario. Allí tendió y levantó sucesivamente unos buenos kilómetros de vías; se pusieron algunas cruces en su pecho. Durante los meses que



estuvo en el frente reapareció el Schostakovsky escritor. Apenas conseguía dejar la herramienta, tomaba la pluma. Casi no pasó día sin que escribiese a su familia dos larguísimas cartas.

El espectáculo de la guerra le infundió el deseo de hacerla más a lo vivo. Resolvió ingresar a un regimiento de cosacos; pero un coronel amigo suyo le expresó que éstos no tenían ni la más remota esperanza de entrar en acción. En cambio, la artillería pesada estaba haciendo toda la fuerza. Schostakovsky ingresó en el estado mayor del gran duque Romanovsky y partió a Galitzia.

Después de cuatro meses tomó el derrotero de la capital. Esta vez se queda en Pedrogrado bajo las órdenes del jefe del departamento técnico del Ministerio de Guerra; pero, en los anales de Aquel, que según los árabes no duerme, estaba escrito su destino.

Atravesando media Europa dirige sus pasos hacia Italia. Allí están los automóviles que Rusia necesita para tener en contacto sus numerosos frentes. Schostakovsky ha recibido la misión de comprar cuantos se produzcan. Durante dos largos años el comisionado del Zar va de fábrica en fábrica vigilando la producción y organizando las entregas. Además, visita museos, hace breves correrías a París y no cesa de escribir cartas a sus parientes de Rusia.

Un día se encuentra en Roma con el adicto naval de su país, hombre trabajado por las supersticiones y consuetudinario frecuentador de adivinas, espiritistas y eruditos en los destinos ajenos. El adicto naval le conduce a casa de una afamada quiromántica. Schostakovsky viste su uniforme de jefe de la misión técnica y se presenta como ingeniero ruso. La pitonisa le toma la mano, mira, remira, mueve la cabeza y, luego, con extrañeza, le declara que no tiene porvenir de hombre de espada ni de ingeniero, sino de escritor. Agrega, también, que la vida le tiene asignada una partida de días amargos. Schostakovsky sonríe porque el anterior vaticinio le ha traído el recuerdo de su cuento sobre el mujik que perece entre las llamas.

Todavía pasan algunos meses igualmente febriles pero, a la

vez, igualmente plácidos desde el punto de vista de su espíritu. Mas, como nunca es tarde para la desgracia \*, amanece un día en que el Zar de todas las Rusias ya no es Nicolás Romanof sino Kerensky.

Pablo Schostakovsky es llamado a su tierra. Emprende el regreso por vía terrestre, pues, el mar está a merced de los sumergibles alemanes. Tiene que atravesar Bulgaria, Grecia y no sé qué otros países. Al fin pisa tierra rusa. Está alegre y desesperado.

Llega a la ciudad de Pedro cuando ya el gobierno de Kerensky está viviendo su crepúsculo. La agonía se prolonga hasta la mitad de Octubre. En esa fecha el cañón comienza a tronar. Kerensky huye. Detrás de cada fusil y de cada cañón aparece un bolchevique. Aparecen miles de bolcheviques. Un grito disociador remueve las entrañas de Rusia. Comienza en ese instante la odisea de unos y la epopeya de otros.

Todas las almas sufren un vuelco, y la oscura multitud salva el último cauce. Entonces el látigo pasa de la blanca mano del noble a la mano callosa del mujik. Y azota ciegamente al amigo y al enemigo, al justo y al injusto, al fuerte y al pordiosero, al bárbaro y al santo. El látigo manejado por millones de manos restalla sobre millones de cuerpos abatidos.

Ese año la nieve que cae en la campiña rusa, no es blanca: es del mismo color de la sangre.

\* \* \*

El miedo, dios oculto y terrible, y la voluptuosidad de la revancha empujan la mano del bolchevique. Los nobles, los clérigos, los burgueses hinchados, los bárbaros de Petlura, los cosacos de Kolchak, la masa asiática de Kornilof, los campesinos, los profesores, todos actúan de fantasmas. Y el bolchevique que ha esperado cientos de años la ocasión de rehacer

---

\* Al decir *nunca es tarde para la desgracia*, no he querido decir que a mí me haya disgustado la caída del zar. Es una frase necesaria dentro del tono de esta glosa.



el mundo, embiste ciegamente contra éstos y aquéllos. Su formidable látigo junta los días y los meses. Se desploman los grandes fantasmas pero con ellos son arrollados también centenares y millares de seres sin partido. En ese largo minuto indeciso no caben sino dos términos: bolcheviques o reaccionarios.

La convulsión corre por los campos y abate las ciudades. El orden, coronación de siglos de obediencia, se esfuma. No existe el pope ni el gendarme, el cosaco es una estampa, el padrecito Zar sufre como un hombre cualquiera en no se sabe qué rincón. Han fenecido el mir y la artel; las alegres tiendas, los grandes restaurantes, los hoteles, las estaciones ferroviarias, el sonido de las campanas, el duque y la princesa, el vendedor ambulante, la troika, las tabernas, las fábricas humosas, los teatros, el ciudadano pulcro, todo ha concluído en la última noche.

Las calles se tiñen de rojo. Disparos, tronar de cañones. Hondos silencios... Nuevas descargas y banderas rojas que simbolizan la nueva alegría. Y los gritos de la turba bullente.

Rusia se ha llenado de hombres que funcionan de otra manera.

El pan, bien primario, se da con etiqueta bolchevique. Un viaje a la calle puede ser un viaje largo. Si vuelves sin abrigo, ni sombrero ni calzado; si retornas sólo herido, alégrate. Pero no te alegres en extremo porque tu casa es lo mismo que la calle. Durante dos años Schostakovsky vive sepultado en una silenciosa y vieja mansión. Sale de noche con vestuario de mujik y con barba de mujik. Le han hecho proposiciones para que trabaje en el soviet; pero no ha contestado. La Cheka le mira desde lejos, sin descubrirlo; pero, si le descubre...

La justicia bolchevique, bastante más injusta que la antigua, no puede ampararlo contra la Cheka. Tendría que responder por delitos recién catalogados. El delito de haber sido burgués y de continuar siéndolo; el delito de haber sido teniente del Regimiento Semenovsky; el delito de haber sido miembro de la burocracia imperial; el delito de ser ingeniero y permanecer inerte mientras el soviet cierra sus empresas por falta de técnicos.

Schostakovsky, de ser habido, podrá considerarse hombre de

gran suerte si entra en la cárcel y conserva su organismo en buenas condiciones; pero si su suerte no es tan grande, es inútil ilusionarse. Dentro de la cárcel hay horcas y fusiles que no reposan.

Sin embargo, la salvación está en su mano. Puede colocarse en la solapa la nueva escarapela y colaborar según su capacidad; pero, sea porque del bolcheviquismo no ve sino su aspecto negativo, por escrúpulos íntimos o por no concebir el mundo más allá del liberalismo monárquico, lo cierto es que no intenta asir ese medio de salvación.

Por ventura los dioses no le habían olvidado. En la tarde del once de Febrero de mil novecientos veinte, una pavorosa tempestad de nieve cae sobre la capital. Es una casualidad que bien puede no repetirse. Schostakovsky toma lo más indispensable y, con su mujer, su hija y dos amigos, se entrega al destino.

Una hora más tarde, sin ningún mal encuentro, los cinco fugitivos bajan del tren y avanzan por las calles de Orianenbaum. Allí la tormenta se desencadena más implacablemente.

Después de mil búsquedas infructuosas obtienen un pequeñísimo trineo. La situación es clara. La hija de Schostakovsky debe ocuparlo y los demás harán la jornada con sus propias piernas. En el espacio sobrante irán los paquetes de cada uno. Los amigos dan la preferencia a un lío de acciones de empresas extranjeras establecidas en el país. Los Schostakovsky optan únicamente por su carga de música rusa.

Los fugitivos se mueven hacia el Golfo de Finlandia. Todos van cubiertos con trajes de piel blanca. Si logran pasar la isla de Kotlin, podrán considerarse fuera de peligro.

La tempestad no amengua. Siguiendo el sendero marcado con ramas de pino van a dar bajo el fuerte de Kronstadt. Se echan al suelo y apoyándose en los codos desvían la ruta. Viven el minuto álgido. Les rodea el silencio. Les ahoga la penumbra blanca. Hacen movimientos de zigzag en torno de los islotes. Los reflectores iluminan la perspectiva blanca con sus miradas de oro.

Durante dos horas la caravana se mueve penosamente, sin poder alejarse de la zona fortificada. Cuando ya va a traspasar



la punta de la isla de Kotlin. Schostakovsky, que arrastra el pequeño trineo, siente a corta distancia un golpe de tos. Se echan al suelo y, hundidos en la nieve, aguardan. Es, de seguro, un guardia que atraviesa desde la isla hasta el fuerte.

Mientras permanecen en tal posición, cree entrever una fila de bultos oscuros. En ese caso, el hombre que tosió, debe ser el sargento y estará preparándose para revistar la guardia; pero, el silencio sigue yerto. Con una nevazón así sería menester que la guardia bolchevique tuviese una disciplina formidable, porque, pasar revista en plena tormenta... ¡No puede ser! Y no se produce ningún ruido... Entonces... Tal vez hayan venido contrabandistas de Finlandia y en este momento regresan desde Oriana con fardos de mercadería. Y la guardia, es muy lógico, quiere cerrarles el camino.

Pasan minutos y minutos. Los contrabandistas no llegan ni se ve al sargento ¿Y si no se tratase de tal guardia?

Apoyándose en los codos, Schostakovsky avanza contra los bultos, y se detiene a examinar una nueva hipótesis. Quizás sean lobos hambrientos que no se atreven a atacarlos. Ya es completamente de noche. Es imposible precisar. Recuerda, pasado un instante, que siendo cadete salió varias veces a cazar lobos. Y recuerda que los ojos de éstos son fosforescentes como los de los gatos... Acaso no sean lobos ni soldados.

Y para salir de su implacable incertidumbre sigue avanzando sin alzarse. Cuando llega por fin a un paso de los bultos fantásticos, descubre—¡oh, su asombro!—una hilera de ramas de pino con las cuales han querido indicar el sendero.

La caravana se alza, prosigue la marcha y los fortines quedan atrás. Están en plena noche, les rodea la soledad, les azota el rigor de la naturaleza. En los últimos pueblos de Rusia, en esa hora, los mujiks deben estar durmiendo con sueño tranquilo.

Los fuertes vientos del oeste, que pasan bramando sobre el Báltico, han conseguido detener y congelar las aguas del Neva sobre la superficie del golfo de Finlandia. Esto ocurre rara vez y dura poco.

Schostakovsky y sus amigos andan con premura y sobresalto



porque todavía es posible que llegue una bala certera o que les corte el paso una patrulla. El reflector de Kotlin parpadea en torno de ellos; gime el viento. Tropiezan, caen en pequeñas aberturas o se vuelca el trineo, y hay que cargar con él hasta salvar la desigualdad del camino. Así trascurren siete horas sensacionales.

A la distancia pasa velozmente una troika envuelta en tela blanca, con caballos blancos y con viajeros cubiertos también de blanco. Acaso sean otros perseguidos.

El cansancio va enredando los pasos. Sienten un deseo inmenso de dormir; pero no ceden. Y no pueden ceder porque de repente se oye el galope del viento del norte. Ah, el viento del norte corre desatado hasta la frontera rusa, cubriendo el vasto espacio y arrastrando volúmenes de nieve que emparedan las piernas, golpean el cuerpo y sepultan. Los hombres de la caravana avanzan con las manos tendidas hacia el horizonte, para contener esos verdaderos cuerpos en marcha, y desviarlos en el minuto exacto; pero Aquél les da fuerzas para sobreponerse a la tormenta. Y andando se encuentran con el alba que viene desde los cuatro puntos cardinales.

Llevan doce horas de marcha, con caídas, detenciones y angustias inverosímiles. Las piernas flaquean y los ojos se cierran. Todos reclaman un descanso; pero atrás el peligro está latiendo. Extenuados y deshechos prosiguen dando un paso tras otro a través de la planicie blanca. Se siente sobre la nieve, que no cesa de caer, la iniciación del día. Dentro de sus cabezas la fiebre trabaja. Quizás si ya están sobre el golfo los trineos veloces de los rojos...

Y así caminan cuatro horas más. Siempre la misma soledad y los mismos vagos rumores tempestuosos. No saben dónde están. El cansancio físico los tiene aplanados. Ningún deseo ideal les anima. Si apareciesen las troikas bolcheviques no les importaría. Volverían a Rusia durmiendo aunque después hubiese que morir.

Llegan a un pequeño paraje y caen rendidos.

Schostakovsky despierta sobresaltado y mira en redor temiendo

que todos estén ya muertos. En su reloj han pasado sólo cinco minutos. Sus compañeros duermen como niños; pero si continúan así ¿quién les asegura el despertar? Además, han emprendido la fuga para ser libres y la libertad no empieza sino más allá de la frontera. ¡Arriba!

Vuelve la caravana a tomar la ruta de Finlandia. Y todos caminan más con la voluntad que con el cuerpo durante una hora y otras horas. Andan como penitentes, como fanáticos, sin contar el tiempo y sin desviarse de la idea fija de traspasar la frontera.

La mañana viene y desaparece; cesa la nieve. Después transcurre toda la tarde; pero, cuando aparece la primera faz del crepúsculo, ven destacarse, junto al cielo, las cúpulas de Trisky.

Y la húmeda alegría de las lágrimas les asoma en el rostro. Han andado veintidós horas.

Cuando llegan a la frontera, la policía los deja pasar sin interrogarlos. En sus rostros, en su vestuario y en su calzado maltrecho se lee como en el mejor pasaporte.

• • •

El Schostakovsky cadete, burócrata, ingeniero y admirador del zar; el Schostakovsky burgués se desplaza al pisar la frontera finlandesa. El ha querido huir de la revolución; pero inútilmente. La revolución ha terminado con el antiguo Schostakovsky. En vano busca el aislamiento de Capri, en vano se interesa por las actividades industriales de Italia.

Puede tomar un barco para América y consumir tres o cuatro años en mantener su antigua línea; pero no lo conseguirá, porque la revolución, esa primavera violenta, lo ha recreado para una profesión universal: la de escribir.